

MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL

COLECCIÓN FICCIONES REALES

Dirigida por Cristian Alarcón

Ficciones Reales son las que se conciben desde el periodismo y se escriben desde la literatura. En estas historias de largo aliento, el lector puede dejarse llevar por las tramas de lo real con el vértigo, la emoción y la intensidad de la novela o el cuento. Los cronistas de Ficciones Reales son investigadores implacables de la complejidad y de lo que se oculta detrás de las noticias. Con el rigor de la mejor investigación y la potencia de la narrativa se sumergen en lo contemporáneo para relatar lo que no se puede contar con los formatos del periodismo clásico.



MAREA
EDITORIAL

AGUSTINA CARIDE

¡VAMOS LAS PIBAS!

Las Espartanas, el primer equipo
de rugby de mujeres en prisión

MAREA
EDITORIAL



Pidiendo el cambio

Después de atravesar cada puente el paisaje cambia. Lo nota al salir de la autopista, siente que abandona la ciudad y se interna en el campo, aunque hacía no mucho tiempo que los edificios habían quedado atrás. Será la extensión verde que se abre detrás de la alambrada, o los caballos pastoreando, la falta de galpones o fábricas que dan a la geografía cierto aire civilizado. La máxima es de sesenta kilómetros por hora, nadie la respeta, pero de todas formas ella baja la velocidad, la neblina en esa zona todavía no se disipa. Había estudiado el trayecto antes de salir de su casa: doblando a la izquierda tomar el Camino del Buen Ayre hasta el primer y único peaje, cruzar las orillas del río Reconquista y entonces ahí, apenas a unos dos kilómetros, sobre el margen derecho, estaría el penal.

No hay forma de equivocarse, aquello no es como buscar una aguja en un pajar, y a pesar de suponerlo lo pasó de largo. Los nervios, piensa. Todavía no está segura de lo que hace. Conduce relojeando el horizonte, esperando ver la construcción que, imagina, debe ser imponente. Desde la ventanilla se ve un verde cansado, desteñido por el frío y la escarcha. El sol se mantiene a media asta, la luz blanquecina genera una bruma encaprichada por quedarse y da al cuadro una geografía distópica, la de un mundo ya sin mundo, ausente de paisaje u

horizonte. Gira el volante y retoma en la primera salida, sintiendo en el gesto de retroceder una señal de fracaso. El camino, paralelo a la autopista, no es de tierra, y sin embargo está completamente embarrado. O tal vez la sensación de ausencia de asfalto se la dan los pozos, esa necesidad de bajar la velocidad y acercar la mirada al parabrisas, mirar dónde meter cada rueda. Hubiera sido mejor retomar la autopista, buscar el modo que la condujera por una vía segura. Por dónde, se pregunta, porque ahí no ve alternativas, salvo arriesgar el auto por la huella dinamitada.

Del lado derecho y por el rabillo del ojo, percibe la fugacidad de los autos deslizándose velozmente con una comodidad que ella no tiene, los baches son demasiado profundos para un Fiat como el suyo. Mala idea, se dice, ¿qué hacés acá? Como si la música fuera un impedimento que le prohibiera razonar, apaga la radio y baja, apenas, la ventanilla. No sabe si es el repentino silencio o el aire, pero de pronto siente que se le impregna el frío, como si el rocío le hubiera entumecido los labios. Mira la hora, el tiempo es un lujo que nunca le sobra. A las 11.30, a más tardar, tiene que estar de vuelta en el colegio dando una clase.

Alguien le había dicho alguna vez que sobre el Camino del Buen Ayre estaba el corredor de basura. Recién ahora, junto a los desperdicios de la sociedad, entiende la ironía. Pone las balizas y estaciona a un costado. No pasa ni un alma, preguntar tampoco le resulta una buena elección. Está perdida en tierra de nadie y saberlo la incita a subir lo poco del vidrio que había bajado. Vos estás loca, dice mirándose por el espejito retrovisor. ¿Cómo vas a entrar en el penal si estando afuera sos tan desconfiada? Con la pantalla del celular iluminándola busca la ubicación en el Google Maps. Efectivamente ahí está, más adelante y a unos pocos metros, el Complejo Penitenciario de San Martín.

Dos inestables puestitos sostenidos por ladrillos sin revocar parecen, más que la entrada de un penal, la antesala de una

villa. Al techo de chapa le intuye agujeros provocados por el óxido. Sobre la pared del primero hay un cartel escrito a mano: Remises. La última “s” es más grande que las demás letras, como agregada a último minuto. El otro puesto no lleva ningún tipo de indicación más que los productos que vende, anunciando algo así como un polirrubro cuyos alimentos, sospecha, habrán olvidado su fecha de vencimiento. Nada de lo que a simple vista se ve ahí parece legal. Hacia el frente, un roído guardarraíl le indica que se termina el camino. Siguiendo la intuición deja, en ese efímero estacionamiento, el pequeño Fiat. Antes de bajarse se peina con los dedos chequeando su aspecto en el espejito retrovisor. Todavía le cuesta reconocerse pelirroja, se había teñido hacía pocos días después de firmar los papeles del divorcio, como si en el color estuviera retratado el cambio que viene necesitando.

La entrada al penal es confusa. Busca algún cartel que le confirme dónde está, pero la ambigüedad parece pretender identidad por sí misma. Cerrándose la campera observa las dos posibles entradas: hacia el lateral izquierdo, donde la tierra se rellenó con basura, una vacilante barrera corta el paso (resulta demasiado simple para acceder a una cárcel); y hacia el frente, la tiente un portón de alambrado tejido.

–No, es por allá –siguiendo la trayectoria de la mano enfundada en uniforme negro ve un camión blindado, con una pequeña ventanita enrejada en la parte trasera. La barrera se levanta justo en el momento en que ella olvida el discurso que tanto había ensayado: “Hola, mi nombre es Carolina Tolosa, soy profesora de educación física, tengo entrevista con el director general del penal”.

Desconoce las palabras exactas, no sabe si debe decir “penal” o “unidad”, si el director será general o exclusivo de cada pabellón. Sabe que lo que diga lo tendrá que decir rápido y segura, como si fuera cierto que la entrevista ya fue concertada.

Una vez frente a la barrera, cuando el oficial, o policía o gendarme (también desconoce los modos de llamar al personal), sale a su encuentro la lengua se le anestesia de golpe, ofreciendo a cambio un inseguro buenos días que necesita ser acompañado con todo el cuerpo. Levanta la mano, sonríe y pone esa cara que toda mujer sabe poner cuando necesita que un hombre no piense demasiado.

–¿A dónde va?

–Unidad 48 –escucha su propia voz, formal.

–¿Visita?

–Sí –miente.

–Dame el DNI por favor. –Aquello parece ser un trámite de rutina que ella, siendo pariente o amiga de un interno, ya debería conocer.

Después de anudar la bufanda al cuello, protege las manos hundiéndolas en los bolsillos de la campera. De la boca le sale un vaho de vapor que le va empañando los anteojos negros, iluminados por un sol al que le cuesta ascender; la luz le llega de frente, con esa cadencia que da el invierno. Estoy adentro, piensa, y al segundo se desdice. Apenas está detenida sobre una calle que parece demasiado angosta y será una semana después, al volver, cuando descubrirá que por ahí pueden circular cómodamente dos autos, uno de ida y otro de salida. A lo lejos, como si fuera el único horizonte, reconoce al camión deteniéndose.

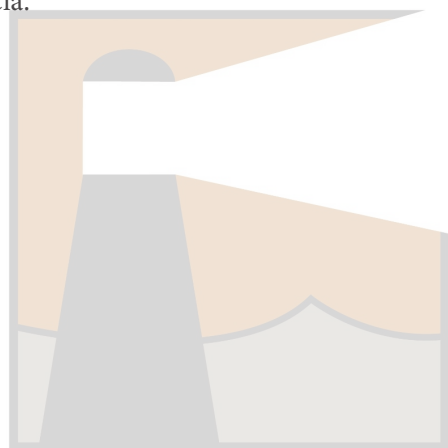
Es entonces cuando lo ve, imponiéndose. Monstruoso. Un muro de hormigón, de un gris gastado que contrasta con la integridad celeste del cielo, un cielo que no distingue entre el allá y el acá, su color es el mismo en ambos lados, y sin embargo el paredón lo tala dividiéndolo en mitades desiguales. La va acompañando mientras avanza, intimidando, y aun percibiendo que a la distancia existe un final, le parece eterno. Tal vez por las espinas que lo coronan, esos círculos de púa brillan con el reflejo del sol. Orillando el alambrado sigue hasta comprobar

que está frente a la Unidad 48, junto al camión del Servicio Penitenciario.

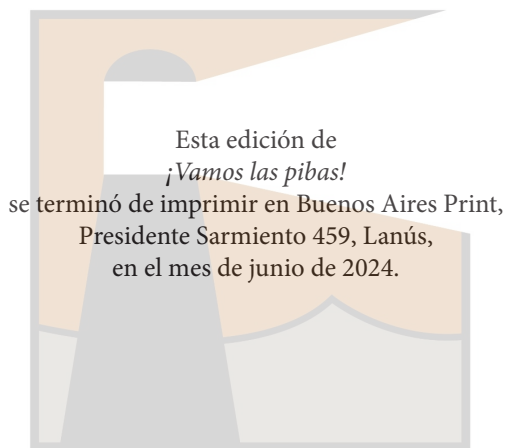
–Vengo a ver al entrenador de rugby.

No pudo mentir. Ahí ya es otra cosa, está a un paso de la entrada, como si fuera fácil estirar una mano y correr los pasadores que impiden ingresar: las puertas de hierro, las rejas, las púas, los barrotes y candados.

Esto es vivir en la boca de la tumba, piensa. Es respirar la indiferencia.



MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL